

## Capítulo 2: La Necesidad que Tiene el Pecador de Cristo

Adán y Eva fueron creados con mentes perfectas y nobles facultades. Sus pensamientos eran puros y sus propósitos eran santos. Pero cuando eligieron desobedecer a Dios, sus pensamientos cambiaron. El amor propio ocupó el lugar del amor a Dios. El pecado los hizo tan débiles que no podían por sí mismos resistir el poder del mal. Eran esclavos de Satanás y habrían sido esclavos para siempre si Dios no les hubiera dado ayuda.

Satanás quería arruinar el plan que Dios tenía cuando creó a los hombres y las mujeres. Quería llenar el mundo de problemas y muerte. Luego señalaría todo ese mal y diría que Dios tenía la culpa porque había creado a los seres humanos.

Antes de que Adán y Eva desobedecieran a Dios, disfrutaban hablando con Él. Eran felices de estar con Él, porque «Él es la llave que abre todos los tesoros escondidos de la sabiduría y del conocimiento» (Colosenses 2:3). Pero después de que pecaron, no encontraron felicidad en ser santos, y trataron de esconderse de Dios.

Los pecadores de hoy hacen lo mismo. Porque no aman las cosas que Dios ama, no disfrutan estar con Él ni hablar con Él en oración. Si Dios los dejara entrar al cielo, no serían felices allí. No disfrutarían estar con Dios ni pasar tiempo con los santos ángeles.

El amor desinteresado reina en el cielo. Todos los que estén allí amarán a Dios porque Él los ama. Pero el amor de Dios no encontraría respuesta en el corazón de un pecador. Los pensamientos y los caminos del pecador serían muy diferentes de los de las personas sin pecado que vivirán en el cielo, y sería infeliz. Querría esconderse de Jesús, la luz y el centro del gozo del cielo.

Los pecadores no son excluidos del cielo por una orden divina. Son excluidos por su propia incapacidad para vivir allí. La gloria de Dios sería para ellos un

fuego ardiente. Querrían morir para no tener que ver el rostro de Jesús, que murió para salvarlos.

No nos es posible, por nosotros mismos, escapar del poder del pecado. Nuestros corazones son pecaminosos, y no podemos cambiarlos. «Nada limpio puede salir de algo tan impuro como los seres humanos» (Job 14:4). «Las personas se convierten en enemigos de Dios cuando están controladas por su naturaleza humana; porque no obedecen la ley de Dios, y de hecho no pueden obedecerla» (Romanos 8:7).

La educación, los buenos modales y la fuerza de voluntad tienen su lugar para ayudarnos a hacer lo correcto. Pero no pueden cambiar nuestros corazones ni hacer pura nuestra vida. Solo una nueva vida de lo alto, un poder que obre dentro de nosotros, puede cambiarnos de ser pecaminosos a ser santos. Ese poder es Cristo. Solo Su gracia puede dar vida a nuestras almas muertas y atraernos a Dios y a la santidad.

El Salvador dijo: «De cierto te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3), a menos que uno reciba un corazón nuevo de Dios, con nuevos deseos y propósitos. Algunos creen que solo necesitan desarrollar lo bueno que ya está en ellos. Pero esta idea es errónea y conducirá a la muerte eterna. «El que no tiene el Espíritu no puede recibir los dones que vienen del Espíritu de Dios. Tal persona realmente no los entiende, y le parecen una tontería, porque su valor solo puede juzgarse sobre una base espiritual» (1 Corintios 2:14). Dijo Jesús: «No te sorprendas de que te haya dicho que todos ustedes deben nacer de nuevo» (Juan 3:7).

Está escrito de Cristo: «El Verbo era la fuente de la vida, y esta vida trajo luz a la gente» (Juan 1:4). «En todo el mundo no hay otro que Dios haya dado que pueda salvarnos» (Hechos 4:12).

Vemos la bondad amorosa de Dios y Su compasión paternal. Vemos que Su ley es sabia, justa y recta. Es una ley de amor. Pero no nos basta con ver y saber todo esto. El apóstol Pablo lo sabía cuándo dijo: «Estoy de acuerdo en que la ley es buena»; «La ley misma es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno»

(Romanos 7:16, 12). Pero aunque Pablo sabía esto, se sentía sin esperanza y amargado, y dijo: «Soy un ser mortal, vendido como esclavo al pecado» (versículo 14).

Pablo quería ser puro y estar bien con Dios. Pero al saber que no tenía el poder para cambiarse a sí mismo, clamó: «¡Qué hombre tan infeliz soy! ¿Quién me rescatará de este cuerpo que me lleva a la muerte?» (versículo 24). Este triste clamor ha subido desde corazones atribulados en todos los países y en todos los tiempos. Hay una sola respuesta para todos: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29).

Dios ha tratado de diversas maneras de hacer clara esta verdad a todos los que quieren ser libres del pecado. Después de que Jacob engañó a su padre y robó la bendición que pertenecía a su hermano Esaú, tuvo que dejar su hogar. Estaba solo y lejos de su familia, pero un pensamiento lo turbaba más que todos los demás: tenía miedo de que su pecado lo hubiera separado de Dios.

Con tristeza, Jacob se acostó en la tierra desnuda para descansar. Colinas solitarias lo rodeaban. Los brillantes cielos estrellados estaban sobre él. Mientras dormía, soñó que veía una luz brillante que resplandecía a su alrededor. Una escalera alta parecía llegar desde donde estaba hasta las mismas puertas del cielo. Los ángeles subían y bajaban por la escalera, y desde la gloria de arriba, Jacob escuchó una voz que hablaba un mensaje de consuelo y esperanza. Este mensaje del cielo satisfizo la necesidad de su corazón. Se le mostró que a través de su Salvador, él, un pecador, podía volver a ser amigo de Dios. Fue feliz y agradecido.

La escalera en el sueño de Jacob representaba a Jesús, quien solo puede unir a Dios y a los hombres. Cristo hablaba del sueño de Jacob cuando le dijo a Natanael: «Verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre» (Juan 1:51).

Cuando Adán y Eva pecaron, se apartaron del amor y la amistad de Dios. Se separaron de Él. Ya no podían hablar con Él. Pero por medio de Cristo, la tierra está nuevamente unida al cielo. Jesús construyó un puente entre la tierra y el cielo para que los ángeles puedan ayudar y consolar a las personas. Tomó a los

pecadores, débiles e indefensos, y los puso en contacto con la Fuente del poder infinito.

Necesitamos la ayuda de Dios en todo lo que intentamos hacer. Todo lo que hagamos para ayudar a las personas a vivir mejores vidas será en vano sin la ayuda del cielo. Dios es la única esperanza para los pecadores. «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto» (Santiago 1:17).

Sin Dios no podemos tener un carácter verdaderamente bueno. Y el único camino a Dios es Cristo. Él dice: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14:6).

Dios tiene un interés profundo en Sus hijos terrenales. Su amor por nosotros es más fuerte que cualquier otro poder. Al entregar a Su Hijo, Dios ha derramado sobre nosotros todo el cielo en un solo don. Jesús vivió y murió, y ahora es nuestro poderoso Sumo Sacerdote. Los ángeles celestiales están trabajando para salvarnos. Un Padre amoroso y el Espíritu Santo están trabajando juntos para nuestra salvación.

¡Dediquemos tiempo a pensar en el gran sacrificio que el Salvador hizo por nosotros! Démosle gracias por toda la obra que el Cielo está haciendo para salvar a los perdidos. Dios está haciendo todo lo que puede para llevarnos de regreso a Su casa.

Para movernos a hacer lo correcto, Cristo ofrece grandes recompensas. Promete felicidad en el cielo, donde para siempre desarrollaremos mente, alma y cuerpo. Disfrutaremos de la compañía de los ángeles y compartiremos el amor de Dios y de Su Hijo. Seguramente estas recompensas son suficientes para hacernos querer entregar nuestro corazón a nuestro Creador y Redentor.

Por otro lado, la Palabra de Dios nos advierte contra servir a Satanás.

Nos dice que el pecado destruye el carácter y trae muerte eterna. Al final del mundo, Dios destruirá todo pecado.

Recordemos la misericordia de Dios. ¿Qué más podría hacer Dios? Pongámonos en la relación correcta con Aquel que nos amó tanto. Aceptemos el

amor de Dios y el camino por el cual podemos ser transformados a Su semejanza. Entonces seremos amigos de los ángeles celestiales y nos sentiremos en casa con el Padre y el Hijo.